

César Ferreira / Ismael P. Márquez

Editores



Capítulo 59

LOS MUNDOS DE ALFREDO BRYCE ECHENIQUE

Nuevos textos críticos



PONTIFICIA UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ / FONDO EDITORIAL 2004

Los mundos de Alfredo Bryce Echenique (nuevos textos críticos)

Primera edición: setiembre 1994

Segunda edición: enero 2004

Tiraje: 500 ejemplares

© 2004, César Ferreira e Ismael P. Márquez (editores)
© 2004 de esta edición por Fondo Editorial de la Pontificia
Universidad Católica del Perú
Plaza Francia N° 1164, Lima 1
Teléfonos: 330-7410 - 330-7411
E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Diseño de cubierta: Erik Chiri
Corrección de estilo: Alberto Ñiquen
Cuidado de la edición: César Ferreira y Gerardo Castillo
Asistente de edición del Fondo Editorial PUCP: Nelly Córdova

Prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio total o parcialmente,
sin permiso expreso de los editores.

Derechos reservados

ISBN: 9972-42-579-7

Hecho el Depósito Legal N° 1501052003-3008

Impreso en el Perú - Printed in Peru

Vidas paralelas: De *La tía Julia y el escritor* a *El huerto de mi amada*

Rafael Anselmi Samanez
Universidad Nacional Mayor de San Marcos

Un joven de diecisiete años y una mujer adulta y divorciada, un escándalo familiar, una unión contra toda posibilidad y pasando por encima de las leyes, un amor que parece ser eterno, pero que se rompe luego de algunos años de felicidad en Europa. Si quitáramos a la literatura justamente aquello que la hace tal, es decir, el estilo, la búsqueda y la propuesta de cada autor, podríamos, mintiendo o equivocándonos de medio a medio, decir que con *La tía Julia y el escritor* (1977) de Mario Vargas Llosa y *El huerto de mi amada* (2002) de Alfredo Bryce Echenique estamos hablando de una misma historia. A pesar que ambas novelas son distintas y particulares, hay un punto inicial que las une y una estructura formal que parece emparentarlas a cada paso. Dos son las líneas que recorre el texto de Vargas Llosa: la de la relación de Marito con la tía Julia y la del aspirante a escritor con Pedro Camacho y sus radioteatros; y, visto con cuidado, el libro de Bryce recorre un camino similar, la relación de Carlitos con Natalia y la que el protagonista mantiene con los mellizos de la calle de la Amargura. Veamos, pues, cómo se desarrollan estos temas.

El efecto Siboney y sus protagonistas

En la Lima de la década del cincuenta, un joven que aún no llega a los dieciocho años queda perdidamente enamorado de una mujer de treintitrés al cadencioso ritmo de *Siboney*, en tanto, por los mismos años, aunque en circunstancias menos glamorosas, Marito, que suma ya dieciocho, comparte con Carlitos la angustia de llegar a los ansiados y liberadores veintiún años; conoce y poco a poco se enamora

de Julia, que, como Natalia, pasa los treinta. Pero hasta aquí llega, al menos por ahora, la similitud, ya que en el libro de Bryce el romance despega el mismo día de conocerse:

En fin, ya cualquier cosa danzante y coral, con tal de no ver a Carlitos Alegre, que por fin había descubierto que ella se llamaba Natalia de Larrea y le estaba contando, pisotón tras pisotón, que no se explicaba por qué su papá había iluminado tan bárbaramente la terraza y el jardín... y es que a él esa iluminación de fuego como que se le había metido en el alma. (*El huerto*, 23)

Y Natalia corresponde a pesar de que:

Ella besarlo no podía, claro, porque estaba en casa de los propios padres de Carlitos y entre tantos amigos, y tampoco podía *cheek to cheek*, por las mismas razones, ni mucho menos apachurrarlo hasta matarlo, y después morirme, claro que sí, porque además seguro que hasta le doblo la edad. (*El huerto*, 23)

Así, mientras la aventura de Carlitos y Natalia despega y vuela sin perder la verosimilitud requerida, en la obra de Vargas Llosa la relación se va construyendo de a pocos, con salidas obligadas, primero, y buscadas después, con la calma del que encuentra algo y solo luego de un tiempo se da con la sorpresa de que, sin quererlo, eso era lo que buscaba:

La tía Julia, sin vacilar un segundo y con una cara de desolación que añadía el insulto a la calumnia, contestó señalándome: «Fíjate qué lástima. Marito me ha invitado al cine». «Paso a la juventud», se inclinó el tío Pancracio, con espíritu deportivo. Luego, cuando hubo partido, creí que me salvaba pues la tía Olga preguntó: «¿Eso del cine era sólo para librarte del viejo verde?». (*La tía Julia*, 17)

Luego de los primeros momentos en que las salidas no son más que un pretexto para espantar la soledad o el aburrimiento, Marito y la tía Julia inician su relación con un temor a ser descubiertos que no conocen los personajes de Bryce, pues en ellos el escándalo se produce la misma noche del encuentro. Y sin embargo, cada personaje, en el tiempo, y con sus tiempos, como suele ser el amor, va repitiendo escenas que casi son de la especie y otras que los hacen particulares, pero que los emparentan nuevamente. Así, mientras Marito bautiza su lugar de encuentro como Montmartre:

—¿Se puede decir que esto es nuestro nido de amor? —me preguntaba

la tía Julia —¿O también es huachafo?

—Por supuesto que es huachafo y que no se puede decir —le respondía yo —. Pero podemos ponerle Montmartre. (*La tía Julia*, 225)

Por otro lado, Carlitos, de tan puro despistado y acaso de tan genial también, acierta casi sin darse cuenta con el nombre del lugar que marcará su romance:

—Pero aquí estamos, en tu automóvil, libres y solos, y rumbo al huerto de mi amada...

—¿Sabes que ése es el nombre de un vals criollo?

—¿*El huerto de mi amada*? Ni idea... (*El huerto*, 39)

Las parejas de Julia y Natalia

Acaso por ser, en ambos casos, mujeres mayores, no sorprenda que tanto Julia como Natalia hayan tenido relaciones anteriores, pero lo que sí llama la atención es que en ningún caso hayan sido satisfactorias. Para Julia:

Los primeros años todo había ido muy bien. Su marido tenía una hacienda en el altiplano y ella se había acostumbrado tanto a la vida de campo que rara vez iba a La Paz... Las nubes grises habían comenzado porque no podía concebir; su marido sufría con la idea de no tener descendencia. Luego, él había comenzado a beber y desde entonces el matrimonio se había deslizado por una pendiente de riñas, separaciones y reconciliaciones, hasta la disputa final. (*La tía Julia*, 91)

Y si la relación de Julia había terminado de una manera serena, la de Natalia, como casi todo en la novela de Bryce, había sido trágica, era una historia que se desbordaba:

San Isidro y Miraflores, y qué sé yo, iban quedando atrás. Como había quedado atrás el matrimonio juvenil al que la forzaron por estar encinta de un hombre tan brutal y celoso, tan lleno de prejuicios, tan acomplexado, tan braguetero, y todo para que su única hija naciera muerta y aquel sinvergüenza se largara con otra mujer y una buena parte de su dinero... (*El huerto*, 39-40)

Así, tenemos que ambas mujeres vienen de relaciones, aunque en grados diferentes, que no han funcionado y sin casi quererlo encuentran en un par de muchachos una nueva oportunidad que al parecer no había sido siquiera barajada, pero que no aceptarán dejar pasar.

La relación

Un escándalo de tales dimensiones, un romance con tan marcada diferencia de edad no podía ser aceptado en la Lima de los cincuenta tan fácilmente, y entonces las dos tramas se encuentran una vez más. Con una mujer que adopta silenciosa la posición paterna y que guarda para sí el cariño maternal y su sobredosis de comprensión, será el padre quien asuma la defensa del honor o del nombre de la familia que pelagra ante tan cercano escándalo, que en el caso de Marito y la tía Julia ya está concretado vía el matrimonio. Y sin embargo, aquí será el personaje de Vargas Llosa el que sufra o sea amenazado de las medidas más radicales:

Había consultado abogados, el matrimonio no era válido, se anularía y la tía Julia podía ser acusada de corruptora de menores. Mi padre estaba tan violento que, por ahora, no quería verme, para que no ocurriera «algo terrible», y exigía que la tía Julia saliera en el acto del país. Si no, sufriría las consecuencias. (*La tía Julia*, 333)

Entre tanto, Carlitos Alegre sabrá de amenazas, de pedidos y verá cómo la crisis va en aumento, aunque no llegará a las dimensiones de drama que sí parecen amenazar a Marito, y luego del entierro de la abuela, su padre le dirá:

Y después tú mismo verás lo que haces, Carlitos, pero lo que no voy a ocultarle a un hijo mío es que estoy recurriendo a cuanto abogado y ley existen en este país para ponerle punto final a una relación que considero nefasta para él. (*El huerto*, 175)

No obstante, más allá de las amenazas y las acciones, ambos logran concretar su relación, uno con un matrimonio a todas luces ilegal y que requerirá de un temporal alejamiento para apaciguar los ánimos y ganar tiempo, y el otro con un viaje y una organizada falsificación de documentos que aumenta los años del protagonista para lograr la ansiada mayoría de edad.

La primera noche

Hemos hablado ya de la velocidad con que cada relación se desarrolla y hemos hecho mención del desborde de la historia de Bryce. En *El huerto de mi amada*, los personajes, sin apartarse de la realidad, sin

dejar de ser verosímiles, parecen vivir a una velocidad mucho mayor que la que llevan los de *La tía Julia y el escribidor*, donde el parentesco con la realidad real parece ser la norma. Y disfrutando de este vértigo, serán también Carlitos y Natalia quienes concreten primero el acto amoroso, poblado, en su caso, de fantasías, colores y texturas que no se verán en la casi, comparativamente, franciscana unión de Marito y Julia, acaso tan grande como la distancia entre el inmenso huerto de Surco y la pintoresca casita de la calle Porta en Miraflores:

Acurrucada y desnuda, a su lado, o, más bien, calatita y acurrucadota, Natalia se dejaba disfrutar, feliz, y cada vez más entregada a aquella infinidad de mimos tan torpes como deliciosos, tan primerizos, casi siempre, más también, de golpe, y seguro que de pura chiripa, técnica y demoledoramente riquísimos... (*El huerto*, 46)

En la gran habitación del huerto surcano se concreta ese amor, en tanto Marito y Julia tendrán que contentarse con un cuartito sucio, de un hotelito provinciano, donde:

Pese a la frustración municipal del día, fue una intensa y bella noche de bodas, en la que, en esa vieja cama que chirriaba como un gato con nuestros besos, y que, seguramente, tenía muchas pulgas, hicimos varias veces el amor, con fuego que renacía cada vez, diciéndonos, mientras nuestras manos y labios aprendían a conocerse y a hacerse gozar, que nos queríamos y que nunca nos mentiríamos ni nos engañaríamos ni nos separaríamos. (*La tía Julia*, 303)

Final de la relación

Pero ni el amor desbordado de Carlitos, ni el ritmo calmo y pensado de Varguitas, logran hacer eterna la relación. Ciertamente que en el primer caso será el protagonista ajeno al final y luchará para hacer feliz a su mujer, en tanto que en el libro de Vargas Llosa las razones no parecen quedar claras del todo y nos encontramos con los hechos consumados al final del libro. Y sin embargo, ambas novelas tienen en común, que en ese capítulo (en el caso de Bryce, el epílogo) se hace una suerte de resumen y puesta al corriente:

Pero en el dormitorio, esta vez, y en su cama, esta vez, estaba el muchacho inexistente de todas las veces anteriores, o sea, el realmente inexistente, como trató de creerlo Carlitos, luchando contra todas las evidencias, pura desesperada ilusión final. Pero, definitivamente, alguien había

abierto las ventanas de par en par. Y también las cortinas estaban del todo abiertas. Y la cama deshecha. Y los cuerpos desnudos. Y Natalia frenética. Y Carlitos que entraba con su maleta y lo veía todo frenéticamente planeado, todo frenéticamente calculado, y tanto que disparó al aire esa última copa de champán que jamás había tenido en la mano. (*El huerto*, 282)

La desesperación ante el hecho que no comprende y la angustia de no saber si las terribles palabras de Natalia: «¡Te odio! ¡Te odio! ¡Te he odiado siempre!» (*El huerto*, 283), estaban dirigidas hacia él, se contraponen con el final de la relación entre Marito y Julia, o al menos, en la forma como ésta llega a nosotros:

El matrimonio con la tía Julia fue realmente un éxito y duró bastante más de lo que todos los parientes, y hasta ella misma, habían temido, deseado o pronosticado: ocho años. En ese tiempo, gracias a mi obstinación y a su ayuda y entusiasmo, combinados con una dosis de buena suerte, otros pronósticos (sueños, apetitos) se habían hecho realidad. Habíamos llegado a vivir en la famosa buhardilla de París y yo, mal que mal, me había hecho escritor y había publicado algunos libros. (*La tía Julia*, 351)

Así pues, nada menos que París será el lugar donde los protagonistas alcanzarán sus sueños, uno por el camino de la medicina y el otro por el de la literatura. Pero aquí no termina el paralelo ya que Carlitos con Melanie Vélez Sarsfield y Marito con su prima Patricia (coincidentalmente ambas con la edad, digamos apropiada, y conocidas de los protagonistas por años, aunque sin pensar en ellas de una manera romántica), emprenderán una nueva relación que, hasta donde llegan los relatos, apunta a ser feliz.

Pedro Camacho y los mellizos Céspedes

¿Son éstas las únicas cosas que acercan a estos dos libros? Decididamente no. El humor (tema acaso algo olvidado en la crítica a Vargas Llosa) es fundamental en ambos textos y si bien esto no parece decir nada, sí tiene importancia cuando descubrimos que los desafortunados esfuerzos de los mellizos Céspedes por ascender socialmente, que los hacen caer en la huachafería y en el ridículo, parecen absolutamente emparentados con los radioteatros de Pedro Camacho. La libertad que pareciera, y esto es solo una suposición, disfrutar Vargas Llosa al narrar las truculentas historias que cada día escuchan los

limeños de entonces, parece compartir su exuberancia con los absurdos planes y aún más descabelladas acciones de los mellizos Céspedes:

En una de esas soleadas mañanas de la primavera limeña en que los geranios amanecen más arrebatados, las rosas más fragantes y las buganvillas más crespas, cuando un famoso galeno de la ciudad, el doctor Alberto de Quinteros —frente ancha, nariz aguileña, mirada penetrante, rectitud y bondad de espíritu— abrió los ojos y se desperezó en su espaciosa residencia de San Isidro. (*La tía Julia*, 23)

¿No es fácil acaso imaginar a los mellizos absortos ante una descripción de este tipo? ¿Desbordados de emoción ante palabras tan útiles para su planes y sueños como «arrebatados» o «fragantes»? ¿O imaginándose a alguien referirse a ellos como los famosos galenos de la ciudad que alcanzaron merecidamente «la cumbre del estrellato»? (*El huerto*, 58) ¿No son acaso El Duque y El Oso, dos personajes dignos de un radioteatro? ¿No son las muchachas de los coloridos teléfonos fácilmente identificables como protagonistas de alguna historia del creador boliviano o, al menos, como fieles y sufrientes oyentes del radioteatro que narra la historia del doctor Alberto Quinteros? Más aún, ¿qué puede distanciar a ese par de personajes de las creaciones de Pedro Camacho, si en la reunión con los Grau Henstridge afirman sin rubor: «Nosotros hablamos a menudo con don Miguel, don Jaime, doña Olga...» (*El huerto*, 205), pues durante noches interminables se han sentado frente a la estatua de una plaza limeña para depurar una lista de candidatas y para pedir consejo al héroe, o mejor dicho, a la estatua del héroe?

En el terreno del absurdo total, Arturo y Raúl no tienen nada que envidiar a los personajes de Pedro Camacho cuando se disfrazan para asistir a una competencia de equitación ni cuando hacen su listado de mujeres casaderas con el apoyo invaluable de la estatua de don Miguel Grau, con quien, como ya sabemos conversan fluidamente; ni cuando inician el romance con las hermanas Quispe Zapata Zetterling.

Asimismo, este paralelo Céspedes–Camacho se reafirma con el encuentro de Carlitos con la sombra de los que fueron esos arribistas y divertidos, aunque contra su voluntad:

En realidad, fueron los casi irreconocibles mellizos los que crearon la distancia que impidió cualquier acercamiento real, y, no bien él les mencionó la posibilidad de escaparse de algún acto protocolar e irse a comer por ahí, antes de que terminara el congreso, los dos como que dieron un paso atrás. (*El huerto*, 275)

En forma paralela, en la novela de Vargas Llosa se produce el encuentro de Marito con un imposible Pedro Camacho:

—Cómo está, Pedro— le dije, estirándole la mano— ¿No se acuerda de mí?

Me miró de arriba abajo, entrecerrando los ojos y adelantando la cara, sorprendido, como si me viera por primera vez en la vida. Por fin, me dio la mano, en un saludo seco y ceremonioso, a la vez que, haciendo su venia característica, decía:

—Tanto gusto. Pedro Camacho, un amigo. (*La tía Julia*, 362)

Así, estos personajes terminan como sujetos fracasados, desdibujados, huidores del pasado que nunca se concretó en el futuro soñado.

Colofón

No son estos todos los puntos que aproximan ambos libros. También cabe señalar la imagen que de los protagonistas tienen sus respectivas familias (uno un despistado genial, el otro un joven con sueños de poeta; ambos ajenos a lo práctico), o la conflictiva relación con los argentinos (ya sea por el che Salieri o el conde Lentini —posiblemente de la misma nacionalidad— y por el odio y desprecio que Pedro Camacho les procura). Pero la idea no es cansar al lector sino proponer una mirada distinta y rescatar, para él, la posibilidad de disfrutar del libro a su manera, que incluye, también, la de conectar un texto con otro, sin afirmar por ello mayor relación que la absolutamente libre que permite la literatura.

Por último, si Borges tenía razón al afirmar que en literatura se ha escrito sobre todo tema aunque nunca lo suficiente, *El huerto de mi amada* es una magnífica ratificación de ello. En esta ocasión se trata del amor, donde, de una u otra manera, todos nos encontramos para recordar con tristeza o con risueña y melancólica nostalgia sus muchos vaivenes. Afortunadamente, siempre contamos con la singular voz de Bryce y sus muchos personajes para que nos muestren el camino.

Obras citadas

BRYCE ECHENIQUE, Alfredo. *El huerto de mi amada*. Barcelona: Planeta, 2002.
VARGAS LLOSA, Mario. *La tía Julia y el escritor*. Lima: Peisa, 2002.